

EL SÍ DE LAS NIÑAS

Leandro Fernández de Moratín

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicasen públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística, fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ISBN: 978-84-16564-05-7
© 2015 Paradimage Soluciones

ÍNDICE

PROLOGO A LA EDICIÓN DIGITAL.....	5
PERSONAJES.....	7
ACTO PRIMERO	8
ACTO SEGUNDO	39
ACTO TERCERO.....	76

PROLOGO A LA EDICIÓN DIGITAL

Leandro Fernández de Moratín nació en Madrid en 1760, hijo del poeta y dramaturgo español Nicolás Fernández de Moratín. Se dio a conocer como poeta con *La toma de Granada, La comedia nueva o el café* (1792) y *El sí de las niñas* (1806).

El Sí de las Niñas es una comedia dramática estrenada por primera vez en el teatro de la Cruz en 1806, en Madrid. Moratín critica los matrimonios acordados, el sí que dan las novias cuando aún son niñas y hay quien ha querido ver en esta obra una justificación de la propia soltería del autor, nada bien vista en aquellos tiempos. Tuvo un gran éxito, pero se suspendió en cuaresma de ese mismo año como se acostumbraba a hacer con las obras teatrales. Tal éxito llamó la atención de la Inquisición y se reestreno la obra, en 1834, con algunas enmiendas de censura.

PERSONAJES

DON DIEGO

DON CARLOS

DOÑA IRENE

DOÑA FRANCISCA

RITA

CALAMOCHA

ACTO PRIMERO

El teatro representa una sala de paso con cuatro puertas de habitaciones para huéspedes, numeradas todas. Una más grande en el foro, con escalera que conduce al piso bajo de la casa. Ventana de antepecho a un lado. Una mesa en medio, con banco, sillas, etc.

ESCENA PRIMERA

Sale don Diego de su cuarto. Simón, que está sentado en una silla, se levanta.

D. DIEGO. ¿No han venido todavía?

SIMÓN. No, señor.

D. DIEGO. Despacio la han tomado por cierto.

SIMÓN. Como su tía la quiere tanto, según parece, y no la ha visto desde que la llevaron a Guadalajara...

D. DIEGO. Sí. Yo no digo que no la viese; pero con media hora de visita y cuatro lágrimas, estaba concluido.

SIMÓN. Ello también ha sido extraña determinación la de estarse usted dos días enteros sin salir de la posada. Cansa el

leer, cansa el dormir... Y sobre todo cansa la mugre del cuarto, las sillas desvencijadas, las estampas del hijo pródigo, el ruido de campanillas y cascabeles, y la conversación ronca de carromateros y patanes, que no permiten un instante de quietud.

D. DIEGO. Ha sido conveniente el hacerlo así. Aquí me conocen todos... El Corregidor, el Señor Abad, el Visitador, el Rector de Málaga... ¡Qué sé yo! Todos... Y ha sido preciso estarme quieto y no exponerme a que me hallasen por ahí.

SIMÓN. Yo no alcanzo la causa de tanto retiro. Pues ¿hay más en esto que haber acompañado usted a doña Irene hasta Guadalajara, para sacar del convento a la niña y volvernos con ellas a Madrid?

D. DIEGO. Sí, hombre, algo más hay de lo que has visto.

SIMÓN. Adelante.

D. DIEGO. Algo, algo... Ello tú al cabo lo has de saber, y no puede tardarse mucho... Mira, Simón, por Dios te encargo que no lo digas... Tú eres hombre de bien, y me has servido muchos años con fidelidad... Ya ves que hemos sacado a esa niña del convento y nos la llevamos a Madrid.

SIMÓN. Sí, señor.

D. DIEGO. Pues bien... Pero te vuelvo a encargar que a nadie lo descubras.

SIMÓN. Bien está, señor. Jamás he gustado de chismes.

D. DIEGO. Ya lo sé, por eso quiero fiarme de ti. Yo, la verdad, nunca había visto a la tal doña Paquita; pero mediante la amistad con su madre, he tenido frecuentes noticias de ella; he leído muchas de las cartas que escribía; he visto algunas de su tía la monja, con quien ha vivido en Guadalajara; en suma, he tenido cuantos informes pudiera desear acerca de sus inclinaciones y su conducta. Ya he logrado verla; he procurado observarla en estos pocos días; y a decir verdad, cuantos elogios hicieron de ella me parecen escasos.

SIMÓN. Sí por cierto... Es muy linda y...

D. DIEGO. Es muy linda, muy graciosa, muy humilde... Y sobre todo, ¡aquel candor, aquella inocencia! Vamos, es de lo que no se encuentra por ahí... Y talento... sí, señor, mucho talento... Con que, para acabar de informarte, lo que yo he pensado es...

SIMÓN. No hay que decírmelo.

D. DIEGO. ¿No? ¿Por qué?

SIMÓN. Porque ya lo adivino. Y me parece excelente idea.

D. DIEGO. ¿Qué dices?

SIMÓN. Excelente.

D. DIEGO. Con que ¿al instante has conocido?...

SIMÓN. Pues ¿no es claro?... ¡Vaya!... Dígole a usted que me parece muy buena boda; buena, buena.

D. DIEGO. Sí, señor... Yo lo he mirado bien, y lo tengo por cosa muy acertada.

SIMÓN. Seguro que sí.

D. DIEGO. Pero quiero absolutamente que no se sepa, hasta que esté hecho.

SIMÓN. Y en eso hace usted bien.

D. DIEGO. Porque no todos ven las cosas de una manera, y no faltaría quien murmurase, y dijese que era una locura, y me...

SIMÓN. ¿Locura? ¡Buena locura! ¿Con una chica como ésa, eh?

D. DIEGO. Pues ya ves tú. Ella es una pobre... Eso sí... Porque, aquí entre los dos, la buena de doña Irene se ha dado tal prisa a gastar desde que murió su marido, que si no fuera por estas benditas religiosas y el canónigo de Castrogeriz, que es también su cuñado, no tendría para poner un puchero a la lumbre... Y muy vanidosa y muy remilgada, y hablando siempre de su parentela y de sus difuntos, y sacando unos cuentos, allá, que... Pero esto no es del caso... Pero yo no he buscado dinero, que dineros tengo; he buscado modestia, recogimiento, virtud.

SIMÓN. Eso es lo principal... Y sobre todo, lo que usted tiene, ¿para quién ha de ser?

D. DIEGO. Dices bien... Y ¿sabes tú lo que es una mujer aprovechada, hacendosa, que sepa cuidar de la casa, economizar, estar en todo?... Siempre lidiando con amas, que si una es mala, otra es peor, regalonas, entremetidas, habladoras, llenas de histérico, viejas, feas como demonios... No, señor, vida nueva. Tendré quien me asista con amor y fidelidad, y viviremos como unos santos... Y deja que hablen y murmuren y...

SIMÓN. Pero siendo a gusto de entrambos, ¿qué pueden decir?

D. DIEGO. No, yo ya sé lo que dirán; pero... Dirán que la boda es desigual, que no hay proporción en la edad, que...

SIMÓN. Vamos, que no me parece tan notable la diferencia. Siete u ocho años, a lo más.

D. DIEGO. ¡Qué, hombre! ¿Qué hablas de siete u ocho años? Si ella ha cumplido diez y seis años pocos meses ha.

SIMÓN. Y bien ¿qué?

D. DIEGO. Y yo, aunque gracias a Dios estoy robusto y... con todo eso, mis cincuenta y nueve años no hay quien me los quite.

SIMÓN. Pero si yo no hablo de eso.

D. DIEGO. Pues ¿de qué hablas?

SIMÓN. Decía que... Vamos, o usted no acaba de explicarse, o yo le entiendo al revés... En suma, esta doña Paquita ¿con quién se casa?

D. DIEGO. ¿Ahora estamos ahí? Conmigo.

SIMÓN. ¿Con usted?

D. DIEGO. Conmigo.

SIMÓN. ¡Medrados quedamos!

D. DIEGO. ¿Qué dices?... Vamos, ¿qué?...

SIMÓN. ¡Y pensaba yo haber adivinado!

D. DIEGO. Pues ¿qué creías? ¿Para quién juzgaste que la destinaba yo?

SIMÓN. Para don Carlos, su sobrino de usted, mozo de talento, instruido, excelente soldado, amabilísimo por todas sus circunstancias... Para ése juzgué que se guardaba la tal niña.

D. DIEGO. Pues no, señor.

SIMÓN. Pues bien está.

D. DIEGO. ¡Mire usted qué idea! ¡Con el otro la había de ir a casar!... No, señor, que estudie sus matemáticas.

SIMÓN. Ya las estudia; o por mejor decir, ya las enseña.

D. DIEGO. Que se haga hombre de valor y...

SIMÓN. ¡Valor! ¿Todavía pide usted más valor a un oficial que en la última guerra, con muy pocos que se atrevieron a seguirle, tomó dos baterías, clavó los cañones, hizo algunos prisioneros, y volvió a campo lleno de heridas y cubierto de sangre?... Pues bien satisfecho quedó usted entonces del valor de su sobrino; y yo le vi a usted más de cuatro veces llorar de alegría, cuando el rey le premió con el grado de teniente coronel y una cruz de Alcántara.

D. DIEGO. Sí, señor, todo eso es verdad; pero no viene a cuento. Yo soy el que me caso.

SIMÓN. Si está usted bien seguro de que ella le quiere, si no la asusta la diferencia de la edad, si su elección es libre...

D. DIEGO. Pues ¿no ha de serlo?... Y ¿qué sacarían con engañarme? Ya ves tú la religiosa de Guadalajara si es mujer de juicio; ésta de Alcalá, aunque no la conozco, sé que es una señora de excelentes prendas; mira tú si doña Irene querrá el bien de su hija; pues todas ellas me han dado cuantas seguridades puedo apetecer... La criada que la ha servido en Madrid, y más de cuatro años en el convento, se hace lenguas de ella; y sobre todo me ha informado de que jamás observó en esta criatura la más remota inclinación a ninguno de los pocos hombres que ha podido ver en aquel encierro. Bordar, coser, leer libros devotos, oír misa, y correr por la huerta detrás de las mariposas, y echar agua en los agujeros

de las hormigas, estas han sido su ocupación y sus diversiones... ¿Qué dices?

SIMÓN. Yo nada, señor.

D. DIEGO. Y no pienses tú que, a pesar de tantas seguridades, no aprovecho las ocasiones que se presentan para ir ganando su amistad y su confianza, y lograr que se explique conmigo en absoluta libertad... Bien que aún hay tiempo... Sólo que aquella doña Irene siempre la interrumpe, todo se lo habla... Y es muy buena mujer, buena...

SIMÓN. En fin, señor, yo desearé que salga como usted apetece.

D. DIEGO. Sí, yo espero en Dios que no ha de salir mal. Aunque el novio no es muy de tu gusto... Y ¡qué fuera de tiempo me recomendabas al tal sobrinito! ¿Sabes tú lo enfadado que estoy con él?

SIMÓN. Pues ¿qué ha hecho?

D. DIEGO. Una de las suyas... Y hasta pocos días ha no lo he sabido. El año pasado, ya lo viste, estuvo dos meses en Madrid... Y me costó buen dinero la tal visita... En fin, es mi sobrino, bien dado está; pero voy al asunto. Llegó el caso de irse a Zaragoza a su regimiento... Ya te acuerdas de que a muy pocos días de haber salido de Madrid recibí la noticia de su llegada.

SIMÓN. Sí, señor.

D. DIEGO. Y que siguió escribiéndome, aunque algo perezoso, siempre con la data de Zaragoza.

SIMÓN. Así es la verdad.

D. DIEGO. Pues el picarón no estaba allí cuando me escribía las tales cartas.

SIMÓN. ¿Qué dice usted?

D. DIEGO. Sí, señor. El día 3 de julio salió de mi casa, y a fines de setiembre aún no había llegado a sus pabellones... ¿No te parece que para ir por la posta hizo muy buena diligencia?

SIMÓN. Tal vez se pondría malo en el camino, y por no darle a usted pesadumbre...

D. DIEGO. Nada de eso. Amores del señor oficial, y devaneos que le traen loco... Por ahí en esas ciudades puede que... ¿quién sabe? Si encuentra un par de ojos negros, ya es hombre perdido... ¡No permita Dios que me le engañe alguna bribona de éstas que truecan el honor por el matrimonio!

SIMÓN. ¡Oh! no hay que temer... Y si tropieza con alguna fullera de amor, buenas cartas ha de tener para que le engañe.

D. DIEGO. Me parece que están ahí... Sí. Gracias a Dios. Busca al mayoral, y dile que venga, para quedar de acuerdo en la hora a que deberemos salir mañana.

SIMÓN. Bien está.

D. DIEGO. Ya te he dicho que no quiero que esto se trasluzca, ni... ¿Estamos?

SIMÓN. No haya miedo que a nadie lo cuente. *(Simón se va por la puerta del foro. Salen por la misma las tres mujeres con mantillas y basquinas, Rita deja un pañuelo atado sobre la mesa, y recoge las mantillas y las dobla.)*

ESCENA SEGUNDA

DOÑA FRANCISCA. Ya estamos acá.

DOÑA IRENE. ¡Ay, qué escalera!

D. DIEGO. Muy bien venidas, señoras.

DOÑA IRENE. Con que ¿usted, a lo que parece, no ha salido? *(Se sientan doña Irene y don Diego.)*

D. DIEGO. No, señora. Luego más tarde daré una vueltecilla por ahí... He leído un rato. Traté de dormir, pero en esta posada no se duerme.

DOÑA FRANCISCA. Es verdad que no... Y ¡qué mosquitos! Mala peste en ellos. Anoche no me dejaron parar... Pero mire usted, mire usted *(Desata el pañuelo y manifiesta algunas cosas de las que indica el diálogo)* cuántas cosillas traigo.

Rosarios de nácar, cruces de ciprés, la regla de San Benito, una pililla de cristal... mire usted qué bonita, y dos corazones de talco...; ¡Qué sé yo cuánto viene aquí!... ¡Ay!; ¡y una campanilla de barro bendito para los truenos!... ¡Tantas cosas!

DOÑA IRENE. Chucherías que le han dado las madres. Locas estaban con ella.

DOÑA FRANCISCA. ¡Cómo me quieren todas! ¡Y mi tía, mi pobre tía lloraba tanto!... Es ya muy viejecita.

DOÑA IRENE. Ha sentido mucho no conocer a usted.

DOÑA FRANCISCA. Sí, es verdad. Decía, ¿por qué no ha venido aquel señor?

DOÑA IRENE. El padre capellán y el rector de los Verdes nos han venido acompañando hasta la puerta.

DOÑA FRANCISCA. Toma, *(Vuelve a atar el pañuelo y se le da a Rita, la cual se va con él y con las mantillas al cuarto de doña Irene)* guárdamelo todo allí, en la excusabaraja. Mira, llévalo así de las puntas... ¡Válgate Dios! ¡Eh! ¡Ya se ha roto la santa Gertrudis de alcorza!

RITA. No importa; yo me la comeré.

ESCENA TERCERA

DOÑA FRANCISCA. ¿Nos vamos adentro, mamá, o nos quedamos aquí?

DOÑA IRENE. Ahora, niña, que quiero descansar un rato.

D. DIEGO. Hoy se ha dejado sentir el calor en forma.

DOÑA IRENE. Y ¡qué fresco tienen aquel locutorio! Está hecho un cielo... (*Siéntase doña Francisca junto a doña Irene.*) Mi hermana es la que sigue siempre bastante delicadita. Ha padecido mucho este invierno... Pero vaya, no sabía qué hacerse con su sobrina la buena señora. Está muy contenta de nuestra elección.

D. DIEGO. Yo celebro que sea tan a gusto de aquéllas a quienes debe usted particulares obligaciones.

DOÑA IRENE. Sí, Trinidad está muy contenta; y en cuanto a Circuncisión, ya lo ha visto usted. La ha costado mucho despegarse de ella; pero ha conocido que siendo para su bienestar, es necesario pasar por todo... Ya se acuerda usted de lo expresiva que estuvo, y...

D. DIEGO. Es verdad. Sólo falta que la parte interesada tenga la misma satisfacción que manifiestan cuantos la quieren bien.

DOÑA IRENE. Es hija obediente, y no se apartará jamás de lo que determine su madre.

D. DIEGO. Todo eso es cierto, pero...

DOÑA IRENE. Es de buena sangre y ha de pensar, bien, y ha de proceder con el honor que la corresponde.

D. DIEGO. Sí, ya estoy; pero ¿no pudiera sin faltar a su honor ni a su sangre?...

DOÑA FRANCISCA. ¿Me voy, mamá? *(Se levanta y vuelve a sentarse.)*

DOÑA IRENE. No pudiera, no, señor. Una niña bien educada, hija de buenos padres, no puede menos de conducirse en todas ocasiones como es conveniente y debido. Un vivo retrato es la chica, ahí donde usted la ve, de su abuela que Dios perdone, doña Jerónima de Peralta... En casa tengo el cuadro, ya le habrá usted visto. Y le hicieron, según me contaba su merced, para enviárselo a su tío camal el padre fray Serapión de San Juan Crisóstomo, electo obispo de Mechoacán.

D. DIEGO. Ya.

DOÑA IRENE. Y murió en el mar el buen religioso, que fue un quebranto para toda la familia... Hoy es, y todavía estamos sintiendo su muerte; particularmente mi primo don Cucufate, regidor perpetuo de Zamora, no puede oír hablar de su ilustrísima sin deshacerse en lágrimas.

DOÑA FRANCISCA. Válgate Dios, qué moscas tan...

DOÑA IRENE. Pues murió en olor de santidad.